



LA MARQUESA DE SPIGNO





## LA MARQUESA DE SPIGNO



A Marquesa era de la noble estirpe de  
"los Canalis de Cumiana, dama de ho-  
"nor de la Reina, seducida todavía jó-  
"ven, por Víctor Amadeo II, casó con  
"el conde de San Sebastian y quedó viuda con mucha  
"prole, en 1724.

"Nombrada entonces dama de la corte, hala-  
"gada con la esperanza del trono, con mil artifi-  
"cios, consiguió volver á ser amada y casarse-  
"secretamente con el monarca, el cual le conce-  
"dió el marquesado de Spigno. Mas habiendo  
"de repente abdicado despues, fué preciso que ella,  
"muy á su pesar y muy contrariada, se retirase con  
"él á Saboya. Cansada de la soledad y frenética  
"por reinar, escitó al Rey abdicador á volver á to-  
"mar la corona de su hijo. Así pues, vueltos jun-



"tos al Piamonte y prisionero Víctor Amadeo en Rívoli, fué encerrada en la fortaleza de Ceva, para ser despues restituida á su marido prisionero, al cual asistió en su muerte, despues de la cual fué por orden de Cárlos Manuel III enviada al monasterio de Salesas de Pinerolo, donde acabó sus días. Señora de ambicion y alma temeraria y de triste memoria."

Nada ménos. Yo estaba precisamente volviendo á leer, por casualidad, aquellos períodos, en los cuales está tan horriblemente desfigurada la historia de una vida de noventa años, llena de grandes acontecimientos y de grandes dolores, cuando entraron en el jardin de la ciudad una señora y una señorita, amigas y vecinas nuestras, á anunciarnos que la superiora de las Salesas había cortésmente accedido á recibirme en el locutorio, y á decirme cuanto se sabía en el monasterio acerca de la marquesa de Spigno. Era una agradabilísima noticia.

¿Quién sabe, pensaba, si yo conseguiré rasgar un tanto el velo del misterio que cubre la vida de aquella buena marquesa, tan discutida, tan maltratada y tan poco conocida! Porque en las historias de la casa de Saboya, aun las más minuciosas, en la novela de Dumas, en la relación de Rabou, en la novela histórica del gran teólogo Vigliere-

chio, en la hermosa monografía de monseñor Bernardi y en otros escritos que tratan de aquel período histórico, no nos dan más que conjeturas en cuanto se refiere al "ánimo esforzado" y á la justa medida de la culpabilidad de la célebre señora, la cual no dejó una sola carta, que yo sepa, en la que se revele en todo ó en parte su alma, ni siquiera un sentimiento pasajero. Lo que sí se sabe de cierto es que era hermosa, de una belleza "rebelde á los años," como dice un ilustre historiador, "peligrosa en la juventud y en la edad madura." Preciso es que fuese verdaderamente bella, para que ya cerca de los cincuenta años, encendiera un amor ardiente en Víctor Amadeo, hombre de mundo, que llevaba una gran carrera de devaneos, con la señorita de Saluzzo, con la Condesa de Verua, con la marquesa de Priez, con la marquesa de Cham-mont, con la condesa de Trinidad, la cual no había sido ni la última ni la más hermosa. Fresca todavía y bellísima con cerca de cincuenta años, qué maravillosa criatura habría sido á los diez y seis, cuando hizo su primera aparicion en la corte, conmovida aun por los recuerdos de la terrible batalla de Marsaglia, de la que había visto el humo, oído el fragor desde las ventanas de su hermoso castillo de Cumiana! Y puede decirse toda-



vía, que toda su hermosura no llegó á su apogeo hasta una edad muy avanzada; era, quizá, una de aquellas obras predilectas de la naturaleza, que, esta se complace en retocar y embellecer por espacio de medio siglo, atormentada del infatigable y amoroso deseo de perfeccionarla.

Culta no es posible que fuera, porque hubiera sido en su rango y en aquel tiempo, una excepción; y no estaba en condiciones de escribir una carta, ni aun en francés sin muchos despropósitos de distinta naturaleza.

Pero precisamente por esto, quién sabe qué otras fuerzas de seducción y de amor debía tener aquella juventud indomable, quién sabe la mirada, la caricia, la gracia de los movimientos, la dulzura de su palabra, la elocuencia maravillosa del llanto y de la ira, la extraña originalidad del ingenio y la fragancia limpia é innata en su hermoso cuerpo, crecido como un roseal en perfumado ambiente de los Alpes!

Y toda esta belleza, toda esta fuerza, toda esta ambición, que subió hasta las gradas del trono, fué precipitada en el fondo de una cárcel, yendo á concluir en el sepulcro de un cláustro. ¡Ah! ¿si la superiora de las Salesas me iría á revelar alguna cosa?

\*  
\*  
\*

A los pocos minutos, bajando por una callejuela herbosa y triste, llegamos á la puerta del monasterio, que es un gran edificio, desnudo, situado sobre el declive del collado de San Mauricio, con la fachada vuelta hácia los Alpes, rodeado de un muro altísimo, en torno del cual hay otra callejuela solitaria. Hay allí pocas monjas, pero siempre un buen número de educandas sometidas á un severo régimen de vida, entre las cuales, en otro tiempo, había señoritas de las principales familias del Piamonte y hasta princesas, que tomaron el velo y murieron entre aquellos muros; porque el monasterio gozaba de la predilección de la casa reinante.

La marquesa de Spigno, que podía elegir entre las Salesas y un convento de Casignano, había escogido aquéllas, porque tenía allí dos parientes.

Las pocas casas que hay alrededor, parece que también forman parte del cláustro: no se las vé y no se siente allí rumor alguno. Al lado del cláustro hay



una capilla cerrada. La marquesa debía haber pasado por aquella misma callejuela silenciosa y melancólica.

Llamamos á una puertecilla que abrió una mano invisible; subimos por una escalera pequeña y lóbrega; y pasando por otra puerta baja y estrecha, nos encontramos en una habitacion blanca, delante de una grandísima reja doble de madera gris, semejante á una reja de cárcel, más allá de la cual se veía otro cuarto, también blanco y semioscuro. Aquí y allá, sobre las paredes, había escritas con caracteres gruesos, sentencias de santos. A la izquierda de la reja hay un torno como los de los expósitos, para hacer pasar los objetos adentro sin ver la cara del que los recibe. A la otra parte hay pegado á la pared un car telito que prohíbe dar dulces á las educandas.

Como el día iba ya declinando, apenas se veía nada. Había un silencio, una tristeza fría, una expresion tan severa en todas las cosas de penitencia, de renuncia del mundo y de melancolía, que aquellas dos señoras, con los sombreros llenos de flores y tan elegantemente vestidos, hacían un extraño y violento contraste, como el de dos máscaras muy ataviadas, en la estancia mortuoria de un hospital.

Esperamos mucho tiempo sin encontrar nada que decir, como oprimidos ya por la tristeza del lugar.

Al fin se oyó un ruido; aparecieron dos monjas. eran la superiora y una anciana, vestidas de negro con gola blanca y velo oscuro echado casi sobre los ojos. Se acercaron á la reja. El velo y la media luz no dejaban distinguir la edad ni la fisonomía. La superiora debía ser jóven. Cuando habló, me admiré de su voz dulcísima y de su pura pronunciacion toscana. Era de Pistocá. Nos sentamos y empezamos á hablar como en confesion, en voz baja, á través de los espacios de la reja.



\*  
\* \* \*

La superiora comenzó por decir que tenía pocas noticias que darme. Habiendo estado obligadas muchas veces á abandonar el convento precipitadamente por causa de las guerras, las monjas habían perdido muchas cartas importantes y también objetos preciosos, entre ellos los regalados por la marquesa de Spigno.

El recuerdo más notable que quedaba de ella, era un retrato al óleo, de tamaño natural, que se decía era muy parecido y que debía haber sido hecho antes de entrar en el monasterio, porque no se podía suponer que en el monasterio se hubiera hecho retratar en aquel traje. Era quizá del tiempo en que creía iba á ser reina, que entonces tenía la pasión de los retratos; en uno de los cuales se ha hecho retratar en pie, con la mano extendida sobre la diadema.

La superiora me preguntó si lo quería ver. No esperaba otra cosa; una monja, que no ví, lo descolgó y nos lo dió por el tornó; la señorita lo tomó y lo

apoyó en el espaldar de una silla, á cinco pasos de mí, vuelta hácia la ventana, y yo fijé los ojos en él con avidez... ¡hermosa... hermosa!

Efectivamente. Seductora, sin duda alguna. Una cabecita, una carita llena de gracia, de soltura, de atractivos, de sonrisa fugitiva, de distinción natural, que parece acariciar y amenazar, de ojos negros y grandes, nariz aristocrática, boca amorosa y maliciosa, un hermoso cuello largo, un talle flexible y esbelto que hace adivinar una estatura elevada y un cuerpo ligero y gentil, de una elegancia altanera, el cual se podía asir y elevar con una mano como un arbolillo y que debía tener una elasticidad prodigiosa en el baile y cuando se dejara caer en los almohadones del coche.

Bellísima, no lo era ciertamente, pero sí simpática, graciosa, *salada*, como dicen los españoles; una mezcla curiosa de tipo francés é italiano, una fisonomía que revela sangre hirviendo y una voluntad resuelta y la conciencia de su propio valer; una mirada que hace esperar un lenguaje conciso y animado, todo frases centelleantes, gracias agudas y palabras que abrasan el alma en ocasiones.

Una de aquellas figuras que veía en sueños Enrique Heinec, cuando oía tocar á Paganí, sentada sobre un canapé en una habitación decorada á la



Pompadeur, con multitud de espejos pequeños y amarillos, en medio de un gracioso desorden de porcelanas chinas, de guirnaldas de flores, de cintas de colores, de guantes blancos y de perlas.

El peinado es de una forma extraña, redondo y altísimo, con trenzas revueltas de la forma de un enorme turbante, del cual cae un velo trasparente que la dá el aspecto de una mora, un vestido de brocado azul, bordado de flores de plata y un manto de terciopelo encarnado, adornado de armiño, del cual sujeta un pliegue una mano delicada.

Tiene el aspecto de una gran señora; pero de una señora subida á más alta esfera de la que correspondía á su nacimiento y que tenía la conciencia de estar dignamente donde había llegado.

Y se comprende que había subido por amor. Se comprende cómo Víctor Amadeo pudiera creer que ella habría bastado para hacer agradable su vida, ella sola, en la soledad de Chambery.

Se experimenta gran sentimiento por no haberla conocido.

Se quisieran decir muchas cosas á su intento como si se le hubieran dicho á ella viva; y no palabras tímidas y obsequiosas, sino atrevidas, agudas, brillantes, para hacerla reír, para parecerla

ingenioso, festivo y amable, agradándole á toda costa y coger un pedazo de aquel velo blanco para besarlo con locura. No es una mujer bellísima; pero sería ménos seductora y atractiva si fuese ménos bella.

—Sabemos poca cosa—dijo la superiora dulcemente.—Lo que se sabe de cierto, porque está escrito en las memorias del monasterio, es que la noticia de su venida llegó á la superiora casi de improviso, pocos días despues de la muerte del rey Víctor Amadeo, de tal modo, que hubo apenas tiempo de desocupar, ampliar y blanquear algunas habitaciones del piso bajo y colocar algunos muebles.

A qué hora llegó y por quién fué acompañada no se sabe.

Era un día de Noviembre de 1732. Se dice que quizá fuese un domingo por la mañana. Mas no lo podemos asegurar... La superiora era entonces la madre Clara María de Lucerna.

Mientras la superiora hablaba con aquella voz suave y monótona, yo estaba contemplando fijamente el lienzo, cada vez más atraído por aquella belleza.

Y como sucede á menudo, que á fuerza de fijarse en un retrato, parece que los ojos se avi-



van, que los labios se mueven, que los músculos se contraen y que de un momento á otro deben salir de la imágen las palabras, así me sucedió á mí.

En mi alrededor no había nada que distrajera: al cabo de pocos minutos, me pareció que el retrato se animaba. Y como hacía muchos días que pensaba casi constantemente en la marquesa de Spigno, estudiando su alma, atribuyéndole pensamientos, sentimientos y palabras, así me ocurrió lo que sucede á todos alguna vez, hacer hablar dentro de nosotros á una persona que nos es familiar y estarla oyendo con atencion, como si fuese verdaderamente la que hablase y sin intervencion alguna, ni aun pasiva de nuestra inteligencia.

La marquesa me miró; su mirada tomó poco á poco una espresion severa; su boca dibujó una sonrisa de ironía y de desprecio; despues, de repente, arrojó como una llamarada de desden y detuvo un torrente de palabras.

—¡Y bien! ¿Qué queréis? ¿Sois quizás algun historiador de la casa de Saboya? ¿Sois un oficial de la Guardia, disfrazado, que viene aquí para vigilar mi retrato? ¿No son bastante ya ciento cincuenta años de encarnizamiento contra una pobre mujer

á quien nadie defiende? ¡Esto es vergonzoso! ¡Estoy cansada de figurar en vuestras novelas y en vuestras nécias historias, llenas de calumnias y de mentiras! ¿Por qué sois tan despiadados conmigo, y tan aduladores para tantas otras? Id, id á hacer vuestras novelas sobre la Condesa de Verrua. Yo no soy bastante interesante. No he cambiado de convento, no he sido infiel á mi marido, no he hecho viajes triunfantes á San Mauricio con séquito de reina, no he sido espía del Embajador de Francia, no he venido de Turin como una ladrona llevándome las colecciones de objetos de arte, compradas con el oro de un amante, no he concluido mi vida en un palacio espléndido, en medio de fiestas y de placeres, vanagloriándome de mis amores pasados! ¡Idos! Yo no tengo aureola poética. Yo no he sido sino una ambiciosa vulgar. Yo tenía puestos los ojos en la corona á la edad de diez y seis años, cuando cometí la monstruosa falta de dar mi corazon de niña al amor de un rey jóven, arrogante, glorioso, á quien ninguna ha resistido, como todo el mundo sabe bien. Yo no he tenido sino ambicion. Yo sólo he sabido lo que era el amor, el reconocimiento, la abnegacion y la amistad. Yo sólo he tenido el corazon de una piamontesa y las entrañas de una



madre. Yo he sido la desgracia y la vergüenza de mi país. Yo sólo he sido quien ha arrastrado á Víctor Amadeo á trastornar el Estado para volver á ceñirse la corona. Yo fuí el tormento de sus últimos días, y yo también quien ha sido la primera causa de su muerte. He hecho todo esto, por la ambición. La he satisfecho, en efecto, esta maldita ambición, para ser tratada como lo soy. He hecho mi felicidad, he gozado de la vida, no he sido castigada, no he sufrido expiación, no he padecido, no he llorado. He merecido verdaderamente que el desprecio del mundo cayera sobre mi cabeza, y resonara sobre el corazón de mis hijos, y que mi pobre nombre fuera pronunciado siempre con una sonrisa irónica y de desprecio, como el nombre de una coqueta sin alma y de una aventurera burlada! ¡Oh!... ¡Esto es una infamia!... ¡Habeis venido para mentir como los otros!

—En el convento—continuó la superiora, con su voz dulce, mientras yo comunicaba mi pensamiento á la marquesa de Spigno,—ella no ocasionó ningún disturbio. No vistió el hábito de monja; pero se puede decir que vivió casi como una monja. Tenía aquí una hermana, Sor María Josefina Radegonda, y una sobrina, Sor Teresa Inocente, que le fueron muy útiles en los primeros

meses. Pero se adaptó pronto á este régimen con gran dulzura. Al poco tiempo se había captado las simpatías de todas las hermanas, que trataba familiarmente y quería que la trataran de igual modo. Era buena con las educandas, obsequiosa con la superiora....

—¡Bien, sí — respondió la marquesa. — Yo os abro mi corazón, confieso mis faltas. Cuando después de la muerte de mi marido....

Se interrumpió un momento, y después volvió á empezar con una extraña pronunciación, entre piemontesa y francesa y con algún trabajo:

—Pues bien, sí, lo confieso. Cuando me volví á presentar en la corte, después de la muerte del Conde de San Sebastian, sin marido, no miré tanto á aumentar la fortuna de mis hijos, caídos en la miseria, como á acordarme de que el Rey volvía á amarme, lo que me dejó seducir por una loca esperanza. Es verdad, é hice cuanto estaba de mi parte para que se realizase mi sueño. Es también verdad. He sido ambiciosa, he sido mujer. ¡Se perdonan, se excusan á los hombres tantos pecados de ambición! ¿No se deberá perdonar ninguno á una mujer? Sí, he creído llegar á ser Reina, lo confieso, y cuando oí la noticia inesperada de la abdicación, se me heló la sangre en las venas,



como si se hubiese derrumbado el Palacio bajo mis piés; pero todo acabó en aquel momento. Aquel desengaño terrible, se llevó para siempre todas mis esperanzas. Es una malvada calumnia acusarme de haber excitado á Víctor Amadeo á revocar la abdicacion, de hacerlo ir de Chambery á Moncallieri para volver á tomar la corona de su hijo. No es verdad. Los primeros que me acusaron, se olvidaron de haber predicho ellos mismos, cuando el Rey quería abdicar, que se había de arrepentir bien pronto: que había de querer reinar antes de seis meses; se olvidaron de que le habían suplicado llorando que desistiera de su propósito, porque precisamente presentían lo que había de suceder; como le suplicó su mismo hijo poseído de igual presentimiento. ¡Pero cómo lo olvidaron! ¿Cómo podían no acordarse de que en los primeros meses despues de la abdicacion, Víctor Amadeo había continuado reinando, que no se hacía nada en Turin sin el consentimiento de Chambery, que se decía que había dos Reyes, que todo, todo hacía presentir como inevitable y de día en día más cierto aquello de que desde el principio solamente se sospechaba? ¡Yo he impulsado á Víctor Amadeo! Mas no sabían despues cómo había nacido y crecido la acritud del padre contra el hijo, primero porque ha-

bían cesado de mandarle el boletín de las noticias, despues por la ley de los impuestos, lo que no había sido hecho segun sus consejos, despues por la cuestion de Roma, para la cual no le habían tomado parecer. ¿No habían leído sus cartas siempre lacónicas, despreciativas, irritantes y amenazadoras? ¿No sabían que el Conde Petits, que iba á la casa con apariencia de amigo, hablaba siempre contra Carlos Manuel? ¿Había podido jamás el señor Conde referir una palabra más dicha con mal fin? ¿Era acaso preciso, que la dijese? ¿La peor reconvenccion que me había hecho Víctor Amadeo en aquellos sus últimos días de Moncallieri no había sido por ventura no haberse opuesto á su propósito, de haber simplemente callado en aquella desgraciada noche del Mont-Cenitz, cuando él me preguntó si debía continuar el viaje ó volver á Saboya? ¿Si hubiese tenido una excitacion, un mal consejo que echarme en cara, se hubiera contentado con reconvenirme en silencio? ¡Me acusan de haber urdido la trama! ¡Pero qué trama, Dios santo! Si Víctor Amadeo bajó al Piamonte como un muchacho sin haber preparado nada, sin haber buscado un auxilio, sin haber tenido un cómplice, sin saber siquiera lo que quería. ¿Qué pruebas, qué indicios de trama se han encontrado en



sus cartas? ¿Quién dió un paso, quién dijo una palabra por favorecer su propósito? ¿Se puede pensar que yo lo hubiese dejado correr á semejante empresa de aquel modo, si lo hubiese tenido en mi mano? ¿Dónde hubiera estado entonces la premeditacion, la astucia fina y profunda de que me acusaron? ¡Hubiera debido oponerme, al ménos—dicen—detenerlo, persuadirlo! ¡Hipócritas! Ellos sabían bien que mi imperio sobre él había acabado ya de pronto; que despues de los primeros meses de soledad, el amor había volado y que no era ya el mismo Víctor Amadeo, despues del ataque apoplético del 5 de Febrero, que mi palabra no encontraba ya eco en su corazon, que ya había empezado á contradecirme, á despreciarme, á imponerme todos sus deseos; que yo no era más que una pobre enfermera á su lado! ¿Pero quién no comprende, comenzando desde aquel día desgraciado de la apoplegía, quién no vé en todos sus actos, en su conducta en Moncallieri, en sus pueriles imprudencias, en sus conversaciones contradictorias, en sus exasperaciones, en sus impotentes iras de enfermo, quién no reconoce el curso, el progreso lento y constante de una enfermedad mental que debía acabar, que acabó en la insensatez y para lo cual hubiera sido inútil, sino peor

cualquier intento mio de persuacion? Ciertamente, yo he deseado que abandonara la residencia de Chambery, porque ví que aquella soledad lo entristecía, que aquel aire no le probaba, y que en aquella manera de vivir tan solos los dos, yo iba perdiendo su afecto, y casi cansándole con mi presencia. Yo he deseado y le he aconsejado en los primeros meses que acogiera la oferta de Carlos Manuel y se volviera al Piamonte. Pero aconsejarle que echara del trono á su hijo, que turbara la paz de su pueblo, derramara sangre, comprometer mi patria, yo, para ser reina á los cincuenta y dos años! ¡Y una reina acusada de mil desgracias, envidiada de mis súbditos, odiada por la corte, despreciada por la aristocracia, maldita por el futuro rey! ¿Y reina por cuánto tiempo? ¿Y despues? ¿Y lo habeis podido creer? ¿Y mil, y mil lo han podido creer? ¿Y casi todos lo creen todavía? ¡Es una injusticia! ¡Yo estoy inocente de esta culpa, lo digo al mundo! ¡Pongo por testigo al cielo! ¡Lo juro por la memoria de mis hijos!

—Se valió siempre de su autoridad en obsequio del monasterio—continuaba dulcemente la superiora;—en muchas ocasiones prestó grandes servicios á la superiora con sus prudentes y amables conse-



jos; nos proporcionó favores y protecciones; había conservado su rica dote; gastaba largamente para que las funciones religiosas se verificasen con pompa. Trabajó mucho, entre otras cosas, para la canonización de nuestra Juana Vicental, que había estado en el monasterio en el siglo anterior. En el monasterio no se hacía notar su presencia sino por los bienes que hacía...

—Pero aunque hubiese sido culpable,—replicó la marquesa, ¿habría merecido el castigo que me impusieron? Me hubiera bastado una sola noche, aquella horrible noche de Moncalieri, para espiar todas mis culpas. No, no hubo justicia, no hubo humanidad; jamás, jamás se encontrará una palabra adecuada para disculpar aquella conducta. Por muchos años, á cada ruido que sentía de noche, me despertaba aterrada y me volvía hacia la puerta, como para ver caer los combatientes al golpe de las hachas y aparecer el conde de La Perosa, los oficiales de la Guardia.... ¡Con las espadas desnudas y con la bayoneta rodearon la cama! ¡Ah! no se describe, no se imagina lo que sucedió. El rey se asió á mí desesperadamente; yo creí que se quedaba muerto entre mis brazos; nos separaron á la fuerza, le destrozaron la ropa, me arrastraron por el suelo

medio desnuda, fuera de la habitación. No ví nada más. ¡Pero oí!—Resistíais, decía á sus granaderos;—pero vosotros, mis bravos soldados, que me habeis servido fielmente, que me habeis visto combatir mil veces en medio de vosotros, ¿sufriréis que se trate así á vuestro viejo rey?...—A mí se me destrozaba el alma. Todo fué inútil. ¡Horror! ¡Le pusieron las manos encima! ¡A él! vencedor de Berrues, al libertador de Turin, que había reinado cincuenta años y conducido en diez guerras los ejércitos de la liga europea! ¡Las manos encima! ¡Como al más vil de los malvados!

Oí el ruido de la lucha, los gritos; lo sacaron afuera, liado en mantas; oí extinguirse su voz que me llamaba: ¿dónde está la marquesa, dónde está mi mujer? ¡Carlota! ¡Mujer mía! Miré abajo por los cristales y ví una turba de bayonetas, los faroles, el coche...

Y bien, sí; hice un terrible voto entonces; cruzó por mi mente una triste esperanza, cuando oí el murmullo de los granaderos, indignados de verlo arrojar en el coche como un condenado á muerte bajo los fusiles de los dragones y cuando La Perosa dió aquel siniestro: ¡muera quién hable!—Deseé que los regimientos se sublevaran y lavaran aquella infamia con sangre... Sentí como si pasaran



sobre mi pecho las ruedas de aquel horrible carro, cuando lo ví desaparecer en las tinieblas como un féretro escapado.

Todo había concluido; creí que soñaba. Una cosa tan espantosa me parecía imposible, me pareció que debía haberse derrumbado el palacio, abrirse la tierra, abrirse el mundo. Hubiera querido caer muerta de repente. ¡Creyéronme muerta! Un grado más de dolor no lo resisto. Me asusta todavía, me desgarran y me abrasa el corazón aquel recuerdo. ¡Me llevaron á la fortaleza de Ceva! Sí, gran Dios. ¡Una gentil, respetable dama, la mujer del viejo rey en la fortaleza de Ceva! ¡Bellacos! ¡En medio de las prostitutas!

—Todas recurrían á ella—murmuraba entre tanto la superiora.—Ella favorecía y confortaba á todas. A las puertas del monasterio venían todos los días una multitud de pobres, que se iban siempre bendiciéndola.

Y no daba solamente socorros en dinero. Escribía cartas de recomendación á sus parientes y conocidos lejanos, algunos de los cuales ocupaban altas posiciones, é insistía con tanta bondad y con súplicas tan afectuosas, que siempre obtenía cuanto deseaba, y hacía reparar injusticias, socorria familias caídas en la miseria, recogía muchachos abandonados. Tanto

es así, que en el monasterio y fuera, la llamaban el ángel de la caridad y del consuelo.

—¡Oh! cómo se reconoce en todo esto—continuó la marquesa,—la vileza de los hombres que llegan á ser feroces é implacables por el miedo, porque fué por miedo por lo que el ministro Ormea, con sus cómplices, despertó en el corazón de Carlos Manuel las más inícuas sospechas y lo precipitó hasta la bárbarie, por miedo á su viejo rey, á su antiguo bienhechor, del cual sabía que había provocado el desprecio; fué por miedo, fué por ambición de engrandecerse ante Carlos, como un salvador del Estado, fué por adquirir superioridad sobre él y sofocar el furor malvado del despotismo que lo devoraba. No pudo haber sido más que suyo el pensamiento de aquel espantoso arresto nocturno, que fué el último golpe para la salud de Amadeo, como no pudo haber nacido sino en la cabeza de una mujer, la idea de encerrarme en aquella prisión; en la cabeza de la reina Polissena, en cuyos ojos he leído siempre el odio, y que no siendo capaz de piedad, me creía incapaz de cariño. ¡Yo no amé á Víctor Amadeo! ¡Yo no le amé nunca!... Y bien, es verdad; hubo un tiempo en que la ambición apagó en mi alma la llama del cariño; días en los que no amaba más que al rey en mi marido. Me acuso y me avergüenzo de ello. Pero cuando mu-